

# Quince años

Julieta Rocío



Image not found.

## Capítulo 1

Salió del trabajo con un nudo en el pecho. Y eso que anduvo contenta durante el día, trató de ser simpática y hasta creyó que le salió bien, pero al final del día se fue temblando hacia la parada de colectivo. O temblando no: esa sensación de que todo lo que está adentro late agonizante, mientras uno no está ahí.

Se bajó en Plaza de Mayo esperando encontrar una razón, pero apenas encontró a un puñado de personas desconcentrando (o eso creyó). Pensó que a lo mejor se le había hecho tarde. Dos horas o doce años.

Caminó la Avenida de Mayo y se recordó cada 30 de diciembre, desde hace tantos años atrás. Siempre buscando una razón, siempre buscando un apoyo, siempre encontrando una barrera. Ideológica, humana, lo que sea. Entonces notó que, desde que dejó de encontrarse en esos reclamos, en esas lágrimas, en esos odios, siempre que vivió en Buenos Aires marchó esa avenida a su propio ritmo, a su propio dolor, sin nadie a su lado. Y creyó que lo mejor que podía hacer en ese momento, luego de largos veranos alejada de la ciudad, era retomar esa manifestación silenciosa. Pero al llegar a la 9 de Julio, decidió desviarse de su camino solitario, de su silencio ensordecedor, para volver a buscar esa razón perdida.

En el Obelisco había mucha más gente que en Plaza de Mayo. Pero no se sintió identificada con nadie. Intentó encontrar una palabra de aliento desde el escenario, de compañerismo. Pero apenas oyó sonar los acordes de una banda que desconocía, se dio cuenta de que ese tampoco era su lugar. Y ya quisiera que lo fuese. Quisiera escuchar un roncanrol y sentir la vida que es, y no la vida que fue, que ya no tiene quince años.

"¿Qué tan bajo caí?", se preguntó por dentro. "¿Es que ya no puedo consentir el calor de la música cuando no se tiene el calor de la gente?". No, ya no tiene quince años, y eso la destruye. Porque hoy, esta noche, siente que tiene nuevamente quince años.

Se aleja de la multitud, mientras sus ojos vidriosos admiran a esos chicos que siguen llegando despreocupados, alegres, esperanzados. Vivos.

Retoma el camino de vuelta por una calle angosta y oscura. El calor, la sed, la falta de aire en la ciudad le hacen creer que sí, que no podría ser de otra forma: vuelve a tener quince años. Transpira y no respira y siente un nudo en el pecho y tiembla y está perdida y desconstruida.

Nuevamente en Avenida de Mayo, se encuentra con una treintena de manifestantes exigiendo justicia o, al menos, memoria. La mayoría llevan banderas del PO. O serán pocos, pero llevan muchas. La detiene una

bandera desaparece que pide cárcel para Ibarra y para Chabán. ¡Qué lejos quedó! Y tiene quince años. Se le acerca un militante a ofrecerle una publicación del partido y ella le agradece con un gesto negativo. "No la conocés", le sonríe irónico. "La conozco muy bien y, aún así, te agradezco". Él se aleja, ella se aleja. Se aleja de todo, no quiere estar ahí, mendigando recuerdos con estandartes vencidos. No podría sentirse más sola si no hubiese nadie más. Baja al subte y espera.

En el último vagón, Claudia hace su magia. Vende Hecho en Bs. As., pero las vende con el alma. Ella le quiere comprar una revista pero no le sale. No se siente a la altura de su locura, de su sencillez. Quiere sonreírle, decirle que la recuerda, pero no logra sortear el nudo de su pecho. Entonces llega a Plaza Miserere.

Plaza Miserere está igual de oscura que hace doce años atrás. Aunque le agregaron rejas, fuentes, paradas techadas con asientos y luces elegantes, siempre se olvidan de cambiar los foquitos. Ella duda si seguir adelante o volverse hacia atrás. Pero no duda por miedo. Nunca podría sentir miedo en esa plaza, porque esa plaza le enseñó lo que es el dolor.

En esa plaza se encontraba once años y once meses atrás, cuando creía que era un jueves más. Pero no lo era. En principio, porque era domingo. Y además de ser domingo, había mucha más gente de lo normal. Eran cientos, eran miles. Y sabía profundamente que todos estaban reunidos allí por la misma razón. Por eso no reparó en desoir las voces que la rodeaban.

En un primer momento quiso enojarse, pero no pudo. Estaba paralizada. Las voces que la rodeaban hablaban de cosas cotidianas, charlas de café, de cola de supermercado. Y ella no entendía. Pero no porque le pareciera una falta de respeto, porque le pareciera inadecuado para el momento y el lugar. No. Lo que no entendía era cómo podía existir gente que tuviera otra cosa en la cabeza. Que pudiera decidir si llevar una campera por las dudas. Que pudiera recordar que arrancaba un nuevo año una vez más. Que pudiera sentir hambre. Que pudiera dormir de noche. No lo entendía. Porque ella no podía. Cada cosa que hacía, cada pensamiento que la atacaba, surgía inevitablemente de Cromañón.

Fue entonces cuando se le aflojaron las rodillas y se le quebró el corazón y se le desarmaron todos y cada uno de los caparazones que había curtido en su corta vida, para estallar en un llanto público e incontenible en brazos de su madre, en el suelo de esa plaza. Porque entonces entendió que no tenía nada, que todo lo había perdido, y que nunca había podido escapar de Cromañón.

No. No es miedo lo que siente en Plaza Miserere. Lo que siente es la absoluta certeza de que en aquel rincón oscuro y repleto de llantos y sueños truncos, puede encontrar la razón. La razón de por qué después de

tantos años de luchar por sobrevivir y por dejar de sobrevivir, llega esta noche y siente que nada tuvo sentido. Que nada cambia y que nadie recuerda, porque tiene quince años otra vez.

Rodea la plaza. Se siente segura en su oscuridad, en sus peligros, porque los conoce muy bien. No tiene miedo de enfrentarse a un peligro conocido y reproducido hasta la paranoia porque sabe lo que es enfrentarse a un peligro desconocido, imprevisto e implacable. Enfrentarse a él una y otra vez, aún cuando haya concluido, y que siga siendo desconocido, imprevisto e implacable, que siga siendo peligro. Se escuda en su experiencia, se ampara en su adolescencia.

Solo entonces vuelve a su casa y se encuentra con su familia preparando la llegada de fin de año una vez más. Entonces vuelve a sonreír, vuelve a respirar. Ya no tiene quince años.